

**SANDRINE
DESTOMBES**

MADAME B



Blanche tiene una profesión de lo más peculiar: es limpiadora, pero no es una limpiadora cualquiera. Se dedica a limpiar escenas de crímenes. Limpia ordenadores, alfombras, perfiles de redes sociales y hace desaparecer los cadáveres como si nada hubiera pasado. Ha aprendido la profesión de su padrastro y sus clientes son personas sin nombre, pero célebres en el submundo de París. Pero todo cambia al recibir un encargo del todopoderoso "Sabueso": en el domicilio de la víctima, un hombre en silla de ruedas, Blanche encuentra una mochila y en su interior el pañuelo que llevaba su madre el día que suicidó, veinte años atrás.

Un caso apasionante y adictivo con continuos giros y un final sorprendente: con lo mejor del thriller psicológico y la novela negra, esta es la mejor obra de la autora hasta la fecha.

Índice de contenido

Cubierta

Madame B

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

34

35

36

37

38

39

40

41

42

43

44

45

46

47

48

49

50

51

52

53

54

55

56

57

58

59

60

Epílogo

Agradecimientos

Sobre la autora

Para ti... sin duda... ¡ahora y siempre!

1

Una última revisión general y Blanche Barjac podría cerrar la puerta del piso. Ya había acabado con las manchas que quedaban y estaba impaciente por volver a casa. Le dolían los hombros y estaba convencida de que se le habían pelado las rodillas de estar toda la noche agachada. Había tenido que cambiar la alfombra y la disposición de los adornos, pero en general se sentía bastante satisfecha.

Tenía que empezar a hacer deporte cuanto antes. Todos sus músculos se lo pedían a gritos. Adrian ya la había advertido. A partir de cierta edad, ese trabajo se convertía básicamente en un desafío físico. Pero Adrian tenía setenta y seis años, y todo lo que decía parecía en mayor o menor medida un consejo de sabio, así que Blanche se había acostumbrado a escuchar solo lo que le interesaba. Tendría tiempo para pensar en la artrosis y el reumatismo. Iba a cumplir treinta y nueve a finales de año. Lo único que necesitaba era hacer un poco de ejercicio.

Desde hacía unos meses, Blanche había empezado a separar residuos. Ella misma llevaba las bolsas de basura, recicladas y reciclables. Era su toque personal. Implicaba algunas gestiones más, pero al fin y al cabo cada uno debía poner un poco de su parte. Por supuesto, siempre quedaban algunos desechos inclasificables, sobre los que Blanche no había encontrado ninguna indicación en internet o que simplemente no podía tirar. Por lo general, dejaba que Adrian se ocupase de ello. Con cuarenta años de experiencia a sus espaldas, la eficacia de sus métodos había quedado más

que demostrada. Él había intentado transmitirle todo su saber, pero Blanche prefería que se reservase algunos secretos. Sabía que, mientras aún tuviera cosas que enseñarle, el viejo hombre permanecería a su lado.

Blanche cerró con cuidado para no dar un portazo al salir. El propietario le había asegurado que en esa planta no vivía nadie más, pero la discreción siempre era de rigor, sobre todo a altas horas de la noche. Por más que llevase ropa neutra y fuese con la cabeza gacha en todo momento, la carretilla plegable llena de bolsas de colores era lo bastante llamativa para que alguien pudiera recordarla, llegado el caso. Sin embargo, tenía un punto a su favor. Nadie se fijaba en una señora de la limpieza. A lo sumo, algún testigo podría recordar la estatura o su aspecto a grandes rasgos, pero jamás sería capaz de describir su rostro con precisión.

En el ascensor que la llevaba al aparcamiento, Blanche reflexionó sobre su vida y su profesión. Hasta el momento su trabajo era irreprochable, pero ¿por cuánto tiempo más? Adrian ya no era joven, y sin él tendría que dejarlo. Con el dinero que había ahorrado podría mantenerse unos cuantos años, pero ¿qué haría en su día a día? Su madre habría sabido encontrar las palabras para calmarla, pero ya no estaba, y desde hacía un tiempo la echaba muchísimo de menos.

Apretó las mandíbulas varias veces. No era el momento ni el lugar para ponerse a dudar del futuro o rememorar el pasado. Aún tenía un arsenal de cosas por hacer antes de enviar las fotos del resultado.

Le llevaría como mínimo una hora de viaje llegar a casa de Adrian, sin contar la parada en el vertedero. Después tendría que examinar la información que contenían el ordenador y el móvil que había rescatado en el piso y hacer capturas de pantalla de lo que considerase relevante antes de destruir a conciencia ambos dispositivos. Y aún faltaría

quemar los últimos indicios y su propia ropa antes de poder disfrutar de un desayuno en familia bien merecido.

Ser limpiadora requería cierto rigor y Blanche Barjac era una de las mejores.

2

Hacía una semana que Blanche esperaba pacientemente un nuevo encargo. Había vuelto a su estudio de la rue Hallé, en el distrito XIV de París. En cualquier otra parte se habría pasado los días caminando arriba y abajo, pero allí el techo abuhardillado no le permitía dar más de cinco pasos seguidos. Había aprovechado el obligado descanso para poner sus documentos en orden.

Oficialmente, Blanche se comprometía a eliminar todo rastro de sus intervenciones. Una vez cumplida la misión, los clientes no tenían nada que temer. Estaba en juego su propia reputación. Adrian incluso le había dejado una frase preparada por si le preguntaban sobre el tema. Pero Adrian también la había advertido acerca de la precariedad laboral del sector y la necesidad de tomar ciertas precauciones. Aparte de obligarla a abrir un plan de ahorro al inicio de su carrera profesional, el viejo hombre le había enseñado cómo cubrirse las espaldas. No se trataba de chantajear a nadie, sino de tener un seguro de vida. Si llegasen a detener a uno de sus clientes, Blanche necesitaba poder recordarle hasta qué punto era imprudente implicarla. Por eso conservaba con sumo cuidado un souvenir más o menos incriminatorio de cada misión: el arma del crimen, una fotografía, un mensaje... No era una decisión premeditada, pero hasta la fecha sus grandes limpiezas siempre le habían permitido hacerse con algún elemento inculpador. Los objetos los almacenaba Adrian en su cobertizo, y Blanche se encargaba de digitalizar y archivar lo demás en su ordenador.

Una base de datos le facilitaba tener los expedientes actualizados. Blanche acababa de rellenar la ficha 92 y se preguntaba qué sentiría cuando llegase a la número 100. Puede que se regalase un viaje para celebrarlo. Soñaba con conocer Argentina, pero siempre encontraba alguna excusa para posponerlo. En realidad, Blanche era incapaz de alejarse de Adrian. Era un pilar para ella, su protector. Desde hacía un tiempo la animaba a que se distanciase un poco, a que pasase unos días sin contactar con él. Sin embargo, el resultado era poco convincente. Blanche había vuelto a morderse las uñas y se olvidaba a menudo de tomar la medicación. Este último argumento había sido más efectivo que ningún otro, así que Adrian la esperaba a última hora del día. Mientras tanto, Blanche ocupaba el tiempo como podía.

Catalogar el último encargo que había hecho no le llevó más de media hora. Era un caso clásico de limpieza que no había exigido demasiado trabajo. A un hombre de negocios casado y con dos niños se le había ido la mano con el trabajador sexual que había recibido en casa mientras su pequeña familia disfrutaba de la nieve en Courchevel. Su primera reacción fue llamar a su abogado, quien le aconsejó los servicios de RécureNet & Associés.

Al principio, Blanche se había ayudado de los contactos de Adrian. Después había ampliado la lista considerablemente. Había acudido durante semanas a los tribunales para observar cómo los abogados defendían a sus clientes. Cuanto más tendenciosos eran sus argumentos, mejor posición alcanzaban en su lista. Una vez concluida esta primera fase de reconocimiento, Blanche había contactado uno por uno con los que le habían parecido menos íntegros. Por supuesto, los había abordado como es debido, con un discurso plagado de sutilezas. En el caso de que alguna conversación fuese grabada, nada de lo dicho podía incriminar a

ninguna de las partes. Y si se cerraba el acuerdo, en realidad el abogado solo se comprometía a recomendar una buena empresa de limpieza a domicilio en caso de necesidad. La principal ventaja de la compañía era que estaba disponible veinticuatro horas al día, siete días a la semana, sin necesidad de contrato oficial. De esta manera Blanche Barjac había duplicado su volumen de negocios en tres años.

De ahí que Monsieur R hubiera marcado el número de RécreNet & Associés a las once de la noche, mientras el cuerpo de un joven yacía sobre la alfombra barata de su dormitorio. Monsieur R, que al principio había entrado en pánico, recobró la compostura en cuanto Blanche le anunció sus tarifas. Por algo había comprado aquella alfombra en una gran cadena de tiendas suecas. A Monsieur R le gustaba que la gente supiese que era rico, pero no creía que mereciese la pena gastar dinero en lo que no se veía. Así que Blanche le había propuesto una solución muy económica. Sabía variar las ofertas en función del cliente. Si Monsieur R se ocupaba él mismo del cuerpo, ella solo le cobraría un tercio del precio total. Recabó el máximo de información por teléfono, evitando decir nada que pudiese inculparlos, y escogió los productos y accesorios más apropiados.

Una vez en el lugar, Blanche tomó posesión del móvil de la víctima y el ordenador de su cliente. Este último había admitido que lo usaba para cazar a sus presas por internet. Contactaba con ellas a través de las redes sociales, siempre bajo el mismo seudónimo, y a veces conservaba fotos de sus retozos. A Blanche ya no le sorprendía lo tontos que podían llegar a ser algunos de sus clientes. Cuanto más alta era su posición social, menos se protegían. La vanidad parecía nublarles el sentido común. Adrian opinaba que justamente ese riesgo era lo que los excitaba. Entretanto, Blanche tenía una amplia variedad de elementos comprometedores donde elegir.

Llevaba a cabo una buena docena de encargos similares al año. Eran, por así decirlo, su sustento. Servían para pagar las facturas y el importe recibido era bastante fácil de justificar. Pero esas intervenciones no eran sus preferidas. Durante los primeros años las acometía con el entusiasmo de una principiante deseosa de perfeccionar su técnica, pero ya hacía tiempo que ese tipo de encargos no le despertaban ninguna emoción. Al fin y al cabo, ¿qué mujer de la limpieza se regocija con el trabajo bien hecho tras quince años de profesión? Quince años y noventa y dos misiones. Eso representaba apenas seis actuaciones por año, aunque era un cálculo erróneo. Había tardado casi cinco años en hacerse un nombre. Cuando Adrian anunció a sus clientes que pasaba el relevo y que su sucesora sería una mujer de veinticuatro años, obtuvo una respuesta más bien tibia. Algunas limpiezas quedaban claramente fuera del alcance de una mujer.

Blanche tuvo que demostrar su valía. Aceptó encargos mal pagados, realizó tareas que se salían de su campo de acción. Tuvo que recorrer un largo camino antes de conseguir que nadie pudiera cuestionar su trabajo. En la actualidad era un referente en el sector, e incluso habría podido permitirse rechazar el acuerdo con Monsieur R. Si seguía aceptando desplazarse por tan poco era únicamente para conservar su reputación. La empresa tenía buena fama, pero las intervenciones que le asegurarían una jubilación de oro obviamente no podía declararlas.

Así pues, Blanche archivó el expediente de Monsieur R sin sentir ni un ápice de emoción. Se disponía a apagar el ordenador cuando apareció un mensaje entrante en la parte superior de la pantalla. La apatía de Blanche se esfumó al instante.

3

Recibir un correo electrónico del Sabueso siempre le producía el mismo efecto. Sentía una descarga eléctrica y se le aceleraba el corazón. Más que esperarlos, Blanche anhelaba sus mensajes, pues el hecho de que el Sabueso se pudiese en contacto con ella ya era gratificante de por sí.

El Sabueso había sido el primer cliente importante que confió en ella. Adrian había trabajado para él una veintena de años, y Blanche se preguntaba a veces qué aspecto tendría. Sin embargo, no quería que Adrian se lo dijese. Prefería imaginárselo. Aparte de Adrian, nadie lo había visto nunca ni sabía nada de su vida privada. No obstante, todo el mundo estaba de acuerdo en que era el mejor. Recurrir al Sabueso era garantía de tranquilidad absoluta. Dicho de otro modo, siempre cometía el crimen perfecto. Blanche envidiaba su reputación. Era una autoridad en su campo. Después de cada colaboración, porque así era como el Sabueso llamaba a esos encargos, Blanche compraba la prensa durante una semana para buscar alguna información al respecto. Nunca había encontrado una frase que hiciera referencia a un asesinato, un accidente o incluso una desaparición inquietante. El único rastro que dejaba el Sabueso eran sus víctimas. Si Blanche no hubiera estado en sus cabales, habría podido dudar de su propia intervención. Intervención que, en esos casos, no se limitaba a una simple limpieza general. El Sabueso tenía otras exigencias y siempre pagaba el precio sin discutir.

Hacer desaparecer un cuerpo era bastante más complicado que eliminar una mancha de sangre. La corpulencia del sujeto, el sitio en que se encontrara o el tiempo del que